Etimología de "turismo"

<u>Teoría latina</u>: La palabra turismo deriva del latín tornus= torno y tornare= redondear, tornear, girar. Mientras que el sufijo -ismo se refiere a la acción que realiza un grupo de personas, por lo que etimológicamente puede definirse al turismo como "la actividad que realizan las personas que consiste en viajar y que además tienen la intención de retornar a su domicilio actual".

Teoría sajona: En principio podemos decir que el concepto de turismo surge del sajón antiguo Torn (de Inglaterra). De esta forma, se desprendían los vocablos Torn-us (lo que da vueltas) y Torn-are (dar vueltas). Esa raíz implicaba una partida con regreso, y se utilizó durante el siglo XII en los viajes de descanso que emprendían los campesinos. A mediados del siglo XVIII los nobles ingleses utilizaban el término Turn para denominar a los viajes que realizaban en búsqueda de educación y cultura. Esa forma de pensar, deriva del concepto de "Grand Tour" francés que pasara a la cultura inglesa a mediados del siglo XVII.

<u>Teoría onomástica</u>: La escuela onomástica considera que el origen del concepto turismo no se encuentra en una raíz lingüística sino que está vinculado a un apellido de la aristocracia francesa – De la Tour. Esta familia organizó los primeros viajes de comerciantes ingleses al continente, hecho que marcó el principio del turismo como actividad orientada al desplazamiento comercial.

Qué es el turismo.

Desde sus orígenes, el término "turismo" ha sido asociado a la acción de "viajar por placer". Aún hoy, muchas personas lo entienden exclusivamente de esta forma sin tener en cuenta sus otras motivaciones y dimensiones.

Para la Organización Mundial del Turismo (OMT), el turismo comprende las actividades que realizan las personas durante sus viajes y estancias en lugares distintos al de su residencia habitual por menos de un año y con fines de ocio, negocios, estudio, entre otros.

El turismo es, en la práctica, una forma particular de emplear el tiempo libre y de buscar recreación.

Definición de turista

Se conoce popularmente con el término de turista a aquella persona que se traslada de su territorio de origen o de su residencia habitual a un punto geográfico diferente al suyo. La ausencia se produce más allá de 24 horas e incluye pernoctación en el punto geográfico de destino.

Visitante internacional: toda persona que viaja, por un periodo no superior a doce meses, a un país distinto de aquel en el que tiene su residencia habitual, y cuyo motivo principal de la visita no es el de ejercer una actividad que se remunere en el país visitado.

Visitante interno: persona que reside en un país y que viaja, por una duración no superior a doce meses, a un lugar dentro del país pero distinto al de su entorno habitual, y cuyo motivo principal de la visita no es ejercer una actividad que se remunere en el lugar visitado.

Turista es la persona que practica el turismo, lo que hace que dicha actividad alcance una proyección eminentemente humana y que por lo tanto merece un marco legal que legalice y ampare sus relaciones sociales, económicas y comerciales.

http://catarina.udlap.mx/u dl a/tales/documentos/lhr/arroyo a l/capitulo2.pdf

http://www.mincetur.gob.pe/turismo/Producto_turistico/Fit/fit/Guias/Amazonas.pdf

http://www.definicionabc.com/general/turista.php#ixzz2pOjjrMfZ

http://etimologias.dechile.net/?turismo

www.todacultura.com/turismo.htm

www.ehdt.wordpress.com/evolucion-historica-del-concepto-turismo/

I. LAS CONCEPCIONES DEL OCIO

LA GÉNESIS DEL OCIO

Despuis de una primera reflexión, se sentiría uno tentado a decir que el ocio siempre ha existido, que pertenece a todos los tiempos, a todas las épocas.

Esto es cierto sólo en parte. Todas las sociedades han conocido el tiempo libre, y en algunas de ellas se contaba con más tiempo libre que en la actualidad. Pero, ¿se puede asimilar, por ello, ese tiempo libre a un tiempo de esparcimiento tal como lo concebimos en nuestros días? No, porque la concepción del ocio ha evolucionado considerablemente a través de los siglos, en función de diversos modelos de organización social; por esto no se puede hacer una amalgama, pero sí es posible establecer comparaciones.

Los griegos y la sociedad

Siempre se tiende a considerar la civilización griega como una edad de oro. El ocio no constituye la excepción, y fácilmente se toma a esta civilización como una de las que mas han permitido el desarrollo pleno del hombre en el ocio. Las doctrinas aristotélicas y platónicas, ¿no

proponían acaso un prototipo de hombre capaz de desarrollarse libremente en la práctica voluntaria de la filosofía, las artes o los deportes?

El ciudadano griego llevaba una vida de ocio en la que lo principal era la expresión plena de sus "nobles" potencialidades. El trabajo no podía tener un lugar de igual importancia, puesto que se le consideraba degradante y por esta razón se reservaba a la casta de los esclavos. Cualquier forma de trabajo se oponía a la condición del ciudadano griego. El trabajo y el ocio se excluían el uno al otro, formaban parte de dos órdenes distintos que no guardaban relación entre sí. Esto a pesar de que, a fin de cuentas, era el trabajo de unos lo que permitía el ocio de los demás.

Esta relación de exclusión entre el trabajo y el ocio se advierte en la etimología: ocio en griego es scholé, que significa al mismo tiempo ocio e instrucción. Se observará que se consideraban emparentadas estas dos nociones que algunos siguen asociando estrechamente, al suponer que el desarrollo de las distracciones y el provecho que se puede obtener de ellas van a la par con la elevación del nivel cultural. Esta connotación elitista del ocio, que presupone cierto nivel de instrucción, continúa estando en vigor y establece una separación entre las diversiones valoradas socialmente y las demás. A-scholé es el término con que se designaba el trabajo, el estado de servidumbre. Esta relación de exclusión aparece también en el latín, ya que otium (ocio, ociosidad) se opone a neg-otium (literalmente, negocio, comercio, trabajo).

El ocio, como lo concebían los griegos, implicaba entonces el pertenecer a una determinada casta (ser ciudadano griego y de sexo masculino), así como el goce del estado de ociosidad. Por ello es más acertado hablar de la ociosidad que del ocio propiamente dicho. En nuestra concepción actual, el ocio no excluye al trabajo; al contrario, el trabajo es una de las condiciones para el ocio.

Como afirma J. Dumazedier: "El ocio no es la ociosidad; no suprime el trabajo: lo supone."

Por otra parte, el ocio en nuestros días ya no es privilegio de una minoría, de una casta o de una clase; incluso aunque sigan existiendo desigualdades considerables, toda la población tiene derecho a él.

En las sociedades preindustriales

En ellas encontramos la misma separación entre una casta ociosa que dedica su tiempo al ocio y la gran masa, consagrada al trabajo. El tiempo libre en estas sociedades no se puede comparar con el ocio moderno. Es el resultado de los azares del clima, de las malas temporadas que hacen imposible el trabajo agrícola. En otras palabras, ese tiempo "libre" es más bien un tiempo forzado, en la medida en que la inactividad no se elige sino se sufre. Esta inactividad forzada se vive como una maldición más que como una fuente

eventual de esparcimiento. Los escasos días "feriados" son impuestos por la Iglesia, muchas veces contra la voluntad de los campesinos. Estas fiestas religiosas se transforman con frecuencia en fiestas paganas, en las que los campesinos dan rienda suelta a una expresión más espontánea; pero no por ello podemos hablar de una diversión como la concebimos nosotros. El carácter obligatorio de estas manifestaciones y su ritualización las someten a normas que excluyen el libre albedrío de quienes participan en ellas. La institución está presente en todas partes y vela porque se respeten los días de fiesta, cerrando los ojos a los excesos que puedan ocasionar. Sin embargo, no existe un tiempo determinado reservado al esparcimiento.

El siglo xix y la negación del ocio

Con el surgimiento de las primeras sociedades industriales, evoluciona la naturaleza del trabajo, sin que por ello se libere un tiempo para el ocio. Poco a poco se impone el trabajo asalariado en las fábricas, lo que ocasiona el éxodo rural. Se transforman las condiciones de vida: los campesinos pasan del trabajo discontinuo en el campo al descubrimiento del trabajo permanente en las ciudades. Es decir, aumenta la presión del trabajo sobre el individuo, de manera que a éste no le queda ya sino el tiempo mínimo necesario para reproducir su fuerza de trabajo. No hay que olvidar que la legislación social tardó mucho

tiempo en entrar en vigor, y que la reducción de las horas de trabajo fue muy progresiva. Hubo que esperar hasta el 24 de marzo de 1841 para que se implantara una ley que limitaba el trabajo de los niños de 12 a 16 años a doce horas diarias; y a ocho, el de los niños menores de 12 años. Sólo en 1884, con la ley Waldeck-Rousseau, se obtuvo la libertad de formar sindicatos, y apenas el 30 de marzo de 1900 se limitó el trabajo a diez horas diarias.

En el nivel ideológico, el trabajo se convirtió en el valor fundamental del sistema social. Sobre este valor se edificó la nueva sociedad, con la ascensión de una clase burguesa que fustigaba a los ociosos, a quienes consideraba parásitos de la sociedad. Los economistas del siglo xix demostraron la necesidad de la acumulación del trabajo para crear el capital que permitiría el despegue económico.

Esta ideología del trabajo dio origen a una verdadera moral del trabajo, heredera del puritanismo protestante que encontramos en los escritos de Max Weber.

Se imponía al individuo el rigor del trabajo como deber moral para su propia salvación y para el desarrollo armonioso de la sociedad. Al mismo tiempo, se criticaba el ocio desde el doble punto de vista de la economía y de la moral. Desde el punto de vista económico, porque el ocio es improductivo y, por el contrario, incita al consumo: en el siglo xix todo el sistema económico se orienta hacia la acumulación y, por

lo tanto, al ahorro destinado a fortalecer un capitalismo naciente. Es una sociedad de producción, en la que se reprueba el ocio, por oposición a la sociedad de consumo que conocemos, en la cual se fomenta el ocio porque puede ser un factor de expansión. Desde el punto de vista moral, el ocio se condena igualmente, porque predispone a la ociosidad y a las costumbres relajadas, que generan comportamientos desviados de una moral rígida del trabajo.

Incluso los primeros socialistas como Saint-Simon condenan el ocio y tienen una visión sumamente "economicista" de la sociedad. Saint-Simon proscribe el ocio, no en nombre de la moral, sino en nombre del racionalismo económico de la sociedad capitalista naciente. La ociosidad constituye un crimen contra la sociedad v contra todos aquellos que la integran, comenzando por los obreros. Según Saint-Simon, sólo el desarrollo de las fuerzas económicas productivas puede proporcionar las bases para una sociedad igualitaria. Para asegurar este desarrollo, debe sustraerse la produción del consumo inmediato; este ahorro dará pie para nuevas inversiones productivas que generen una riqueza suficiente como para permitir una repartición equitativa... algún día. Es el socialismo de la utopía.

Con un espíritu bastante diferente, del tipo del de Marx, Paul Lafargue escribió un libro famoso por su título: El derecho a la pereza (1884). Para Lafargue, el ocio es una categoría burguesa; está reservado para una nueva casta que destro-

nó a la aristocracia. El ocio burgués resulta tanto más chocante en la medida en que contradice la moral puritana del trabajo que pregonan los propios burgueses y descansa sobre el trabajo de los proletarios, es decir, sobre la explotación de éstos. Aquí, Lafargue retoma el análisis que hace Marx de la plusvalía. Se opone a las costumbres ociosas de los burgueses y a sus consumos dis-

pendiosos frente al agotado trabajo proletario.

Para luchar contra este ocio burgués, Lafargue exhorta a los obreros a que reduzcan por su propia voluntad sus horas de trabajo, a que reivindiquen el derecho a la pereza. Así, los burgueses se verán igualmente obligados a trabajar para garantizar la rentabilidad de su capital.

Como Babeuf un siglo antes, Lafargue reivindica la igualdad ante el trabajo. Se trata aquí, no tanto de un derecho para todos a las diversiones, sino de establecer una igualdad de condiciones ante el trabajo. No hay que confundir entonces el derecho a la pereza con un derecho a las diversiones. La pereza, o la autorreducción de las horas de trabajo, es un arma subversiva para combatir las desigualdades sociales que se traducen en el ocio de unos y el exceso de trabajo para los demás. Este tema de la pereza no deja de estar emparentado con el de la huelga general defendida por los anarcosindicalistas.

El propio Marx rara vez menciona la palabra ocio. Considera que el tiempo libre es justamente el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, y que si los trabajadores obtie-

nen una reducción del horario de trabajo, ese tiempo libre servirá sólo para una reproducción aumentada de la fuerza de trabajo, lo que permitirá que se les explote con mayor eficacia, puesto que serán más productivos después del descanso del que han disfrutado. Es decir, Marx nunca analizó el ocio como tal, sino a partir del trabajo, concepto fundamental en su obra. Marx concibe la enajenación del hombre por el trabajo de tal manera que el ocio no puede escapar a esa enajenación y representar una esfera particular de su existencia. Es en sus evocaciones de una sociedad comunista donde Marx otorga un lugar a las diversiones. Una sociedad de ese tipo permitiría la supresión del trabajo forzado, es decir, el trabajo explotado. Las actividades humanas podrían considerarse entonces como actividades de esparcimiento en la medida en que resultaran de una elección libre del hombre, según sus necesidades y sus deseos. De acuerdo con esta hipótesis, se confundirían trabajo y ocio.

La primera obra dedicada expresamente al ocio fue la Teoría de la clase ociosa, que T. Veblen escribió en 1899.* Lo más interesante del análisis de Veblen es que muestra la manera como están ligados el ocio y el consumo. Para Veblen, el ocio ya no es más una disposición del hombre que depende de su origen social; la aristocracia ociosa ha muerto. A pesar de su ideología, que hace del trabajo el valor fundamental

^{*} Hay edición del FCE.

del nuevo sistema social, la burguesía -los nuevos amos- sueñan sólo con una cosa: con imitar y parecerse a los antiguos aristócratas. Es a través del ocio como piensan lograrlo, dando así testimonio de su nueva condición. El ocio es, en primer lugar, un consumo de tiempo, y los nuevos burgueses se las arreglan para demostrar en toda ocasión su inactividad. Pero sobre todo, es un consumo desenfrenado de artículos de lujo o de objetos inútiles que sólo tienen el valor del precio que se ha pagado por ellos. El burgués no consume para sí mismo, sino para demostrar a los demás lo que su nueva condición le permite obtener. Para referirse a este fenómeno, Veblen utiliza la expresión "consumo ostentatorio". El ocio y el consumo ostentatorio que éste implica son un símbolo de clase, un signo de distinción social. Hay que cotejar este consumo del ocio como lo describe Veblen con la noción de potlach observada por los etnólogos en las sociedades primitivas. El consumo excesivo, el despilfarro a los ojos de todos, es un signo de reconocimiento que sitúa al individuo en una jerarquía social elevada. Veblen extiende su análisis a las actividades de esparcimiento tales como la caza o los deportes. Estas actividades exigen tiempo y, sobre todo, son "inútiles", y se les aprecia justamente porque son inútiles.

Del estudio de Veblen destacan básicamente dos aspectos que constituyen una introducción al ocio actual: el ocio puede ser un símbolo de clase, y en nuestra sociedad moderna encontramos también distracciones que simbolizan la pertenencia a una clase social. El ocio se inscribe también en el registro del consumo, de la carrera de equipos para las distracciones, indispensable para una determinada posición social. El ocio se traduce en un consumo neurótico de objetos que supuestamente brindan nuevas satisfacciones, a la vez que obedecen básicamente a una preocupación por establecer una distinción social. El adquirir una cámara fotográfica último modelo o el equipo estereofónico más reciente no es una mera cuestión de satisfacción personal; ante todo, lo que entra en juego es el prestigio que la posesión de estos aparatos confiere ante los ojos de los demás.

CARACTERÍSTICAS DEL OCIO MODERNO

El ocio moderno está definido por tres características esenciales: una de tipo material, que consiste en el tiempo disponible y continuo para practicar las actividades recreativas; otra de tipo social, que es la generalización de las diversiones entre la población en su conjunto; y una última de tipo institucional, caracterizada por el hecho de que la colectividad se hace cargo de ciertas diversiones.

El acrecentamiento del tiempo libre

Para poder desarrollar las actividades de esparcimiento a nivel nacional, fue necesario que se

restara un tiempo suficientemente importante a las actividades de producción; es decir, un tiempo que ya no iba a ser totalmente absorbido por la satisfacción de las necesidades fisiológicas o por diversas obligaciones que, como hemos dicho, representan un tiempo forzado. La segunda condición para el "despegue" de las actividades de esparcimiento se dio con la posibilidad de disponer de un tiempo libre y prolongado. En efecto, la liberación de una hora diaria para el ocio no habría sido suficiente para garantizar el desarrollo de las diversiones que conocemos. Es la posibilidad de contar con un día entero, luego con un fin de semana, y por último con vacaciones de varias semanas, lo que originó el verdadero auge de las diversiones. En Francia, el promedio de horas semanales de trabajo es un poco más de 41 horas; es la jornada de trabajo más larga de Europa, pero hay más días libres en Francia que en los países vecinos.

Prácticamente se ha conquistado ya la semana de cinco días laborables, que ha originado un prolongado tiempo libre que los citadinos aprovechan para salir el fin de semana. Algunas empresas, atendiendo a las demandas de sus empleados, han instituido la semana de cuatro y medio o cuatro días, para prolongar el fin de semana. Desde luego, no se trata de una reducción neta de las horas de trabajo, ya que los empleados deben trabajar algunas horas más en los días laborables; se trata, más bien, de una distribución diferente del tiempo; pero, un factor impor-

tante, esta nueva distribución está determinada por la organización de las diversiones y no por las exigencias de la producción. Este cambio demuestra que las diversiones ocupan un lugar cada vez más importante en la organización social. Evidentemente, la reducción del tiempo de trabajo ha sido mucho más rápida en los Estados Unidos; allí cada vez se generaliza más la semana de cuatro días, y en algunos sectores el trabajo ha quedado limitado a 30 horas semanales.

Sin duda alguna, en los países industrializados existe la tendencia a reducir las horas de trabajo, cuanto más que el aumento del desempleo induce a una redistribución del trabajo entre la población activa.

La disminución del tiempo de trabajo activo a lo largo de la vida se vuelve todavía más marcada con la prolongación de la escolaridad, del período de formación, y en el otro extremo, con la reducción de la edad de jubilación.

Con todo, la reducción del tiempo de trabajo ha sido mucho menos rápida de lo que se había previsto. Si en las predicciones que se hicieron para 1980 la semana de 30 horas parecía probable, para el año 2000 todo se consideraba posible; pero estamos muy lejos de esto. Desde los acuerdos Matignon de 1936, cuando se instituyó la semana de 40 horas, no ha disminuido el número de horas de trabajo a la semana; incluso llegó a aumentar en el período de la posguerra, y apenas volvió a disminuir, en forma lenta, después de 1968. Paralelamente, los fines de semana

industria del entretenimiento que se ocupa desde el triciclo infantil hasta el ordenador personal más sofisticado. Debemos ser críticos, no sólo ante sus mensajes publicitarios o sus recomendaciones, sino también con respecto a su consumo. Y con ese «consumo crítico» podremos aprovechar todas las posibilidades de cada servicio y cada objeto, mejorando así considerablemente la calidad de nuestro ocio. Como es lógico, para ello es necesario un mínimo de información, ciertas pautas de comportamiento que nos coloquen ante cada uno de los caminos que se abren y nos permitan orientarnos por sus, a veces, retorcidos vericuetos; y es aquí, en el vacío que me ha parecido sentir por lo que a la información se refiere, donde Tiempo de Ocio pretende encontrar su sentido, como pieza central de un rompecabezas que encaje, sin apreturas, sin desplazamientos, con todas las demás.

En suma, cada uno de los capítulos de este libro está escrito para ofrecer motivos de interés tanto al experto en determinado «hobby» o afición como al profano; las tres vertientes señaladas intentan realizar esta afirmación y el deseo del autor es que el lector encuentre en este libro un modo grato de llenar su ocio, un modo tan grato de hacerlo, al menos, como todos los demás modos que en él se describen.

Quisiera agradecer, por último, la desinteresada colaboración que me han prestado en esta labor la Dirección General de Juventud y Promoción Sociocultural, del Ministerio de Cultura; el Departamento de Comercio y Turismo del Gobierno Vasco; la Consejería de Turismo, Comercio y Transportes de la Junta de Andalucía; la «Conselleria d'Indústria, Comerç i Turisme de la Generalitat Valenciana», y la de todas aquellas personas, amigos, profesionales de la comunicación y del ocio, que han sacrificado parte de su tiempo de ocio para ayudarme a escribir sobre él. Quiero incluir, de modo especial y con mi emocionado agradecimiento, a todos aquellos que han sacrificado unos preciosos minutos de su tiempo libre para leer hasta sus últimas líneas este PROLOGO RECOMENDADO.

T Una parte, llamada libre, del tiempo social

Al investigar qué es el tiempo libre no hay que olvidar, en ningún momento, la unidad del fenómeno. Esto implica que el análisis de sus elementos constitutivos ha de llevarse a cabo sin perder la conjunción existente entre ellos. Esto es, se trata de realizar un análisis radical de la temporalidad y la libertad, en cuanto categorías constitutivas conjuntamente del fenómeno. Este es el único camino posible para llegar a la definición del ocio como tiempo libre, y a la par, aclarar cómo a través del ocio se llega hasta el tiempo libre, y en último término cómo y por qué el ocio puede no darse como tal tiempo libre.

El método de trabajo que voy a seguir, para dicho análisis radical, es el siguiente. Analizaré primeramente, en dos capítulos, el ocio como tiempo libre en su consideración temporal. Con ello, daré contestación a la pregunta de qué es el tiempo libre. En un segundo análisis, que nos llevará asimismo otro par de capítulos, lo estudiaré como un fenómeno de la libertad; o sea, indagaré qué es el tiempo libre. Finalmente, en dos capítulos más, intentaré dar cabal respuesta a qué es, en la práctica de los sistemas de la personalidad y societales, el ocio como tiempo libre.

El análisis empieza, por tanto, con la temporalidad del ocio como tiempo libre, es decir, analizando esa parte, llamada libre, del tiempo social. Y la cuestión a formularnos, de entrada, es la de si todo el mundo se refiere o no a lo mismo cuando habla del tiempo libre.

CINCO "TIEMPOS LIBRES"

Las innumerables definiciones que se han propuesto del ocio o tiempo libre mantienen posturas muy diversas sobre el aspecto temporal del mismo. A grandes rasgos, cabe distinguirlas en los siguientes grupos:

a) Tiempo libre es el que queda después del trabajo: autores muy distintos entre si, conciben de este modo el tiempo libre o de ocio, desde el frankfurtiano Sternheim hasta los burgueses Soule y Anderson. El diccionario social de la secta

evangélica alemana recoge también ese punto de vista; por supuesto que no hay unanimidad entre ellos acerca de qué cosa es el trabajo. Lo único claro es que el trabajo no recibe una acepción comprensiva de toda actividad humana en lo que tiene de esfuerzo, sino que su significado se limita a las actividades productivas de carácter material e incluso intelectual; a las remuneradas o lucrativas, a las asalariadas o dependientes, a las que reúnen dos de estos caracteres, o a las que reúnen los tres a la vez. En cualquier caso, se presupone que el trabajo, y el ocio se oponen en el tiempo. No faltan autores que aún sin basar su definición en el aspecto temporal señalado, aceptan esta oposición. Es el caso de Kaplan, el cual al explicar los elementos esenciales del ocio cita en primer lugar el de ser una antítesis del trabajo. 1

b) Tiempo libre es el que queda libre de las necesidades y las obligaciones cotidianas: este es el enfoque en el que se centran las concepciones de Lundberg y Komarovski, Neumeyer, y en parte Dumazedier y E. Weber; lo toma también en cuenta Anderson, así como de Grazia. Es una tendencia que duda cuando se propone concretar el alcance o los límites prácticos de la definición. Por ejemplo, entre los que intentan especificar las necesidades u obligaciones que deben ser excluidas del ocio, Loeffler opina que el tiempo libre es el no dedicado a trabajar ni a dormir, Giddens excluye además los desplazamientos hogar-trabajo, en camino, R.C. White dice que hay que exceptuar el comer, etc.²

c) Tiempo libre es el que queda libre de las necesidades y obligaciones cotidianas y se emplea en lo que uno quiere. Es la posición, entre otros, de Miller y Robinson, y parece ser la preferida por los no especialistas en la materia. Le siguen, por ejemplo, el psicólogo N. Sillamy y el socioeconomista Th. Suavet. Es una tendencia ecléctica que quiere enlazar al grupo anterior con el que le sigue.

d) Todos los grupos descritos operan por sustracción. Probablemente para superar este carácter residual, entre otras razones, otro grupo se apoya sólo en la segunda parte de la última definición sintetizada: el tiempo libre es el que se emplea en lo que uno quiere. Es la concepción más característica de la tendencia burguesa; y al decir de Stanley Parker, esto es lo que significa el ocio para la mavoría de la gente.⁴

e) Un último grupo, reacciona en contra de esta postura tratando de objetivar la cuestión, al centrarla en la naturaleza teleológica o axiológica de la actividad realizada. En este caso, el tiempo libre es definido como la parte del tiempo (fuera del trabajo, aclaran algunos) destinada al desarrollo físico e intelectual del hombre en cuanto fin en sí mismo. Así opinan Prudenski, y Richta y su equipo; tiende a ella también Kaplan cuando señala que el ocio es un nuevo sistema de valores, aunque al referir este sistema al Welfare State se sitúa en el polo opuesto al de aquellos dos autores marxistas. Es localizable esta postura asimismo en E. Weber; y aunque sólo con reservas podría incluirse aquí la definición que del

loisir da Dumazedier, su más reciente posición permite situarlo dentro de esta tendencia.⁵ Es un grupo muy heterogéneo.

El panorama no puede ser más confuso: cinco "tiempos libres" extremadamente diferentes, con autores que cabalgan a la vez sobre varios de ellos.⁶ ¿No refleja tal situación un gran desconocimiento acerca de la naturaleza del fenómeno en cuestión? ¿No evidencia este desconcierto las dificultades que presenta la aprehensión del aspecto temporal del ocio?

Los dos primeros grupos, y el tercero en lo que tiene de común con ellos, se refieren directamente a la temporalidad del ocio; los restantes, a la libertad. De acuerdo con el plan artiba indicado, me ocuparé, acto seguido, de la problemática que se deriva de aquellas posturas que ponen énfasis en el aspecto temporal del ocio, considerándolo una parte, la llamada libre, del tiempo social.

LA OPOSICIÓN ENTRE ELTIEMPO DE OCIO Y EL TIEMPO DE TRABAJO

Stanley R. Parker ha dividido las teorías sobre las relaciones entre el trabajo y el ocio en dos grandes tendencias. De una parte está el segmentalismo, para el que el ocio guarda una independencia relativa, en términos de contraste o de separación, con respecto al trabajo. Según los segmentalistas, —entre los que Parker cita a R. Dubin, G. Friedmann, J. Ellul y D. Riesman—la diferenciación entre el trabajo y el ocio es un rasgo característico y deseable de la sociedad industrial; por lo que defienden una política social de efectos inmediatos y carácter reformista a base de tratar con relativo aislamiento los problemas de uno y otro fenómenos. De otra parte, se encuentra el holismo, el cual considera artificial esta división y afirma que hay una relación de identidad e interdependencia relativa entre ambos tipos de actividad humana (aunque quizá sea más exacto hablar de una dependencia relativa del ocio en relación con el trabajo). Los holistas—y aquí cita el sociólogo inglés a F. Friedlander, Ben Seligman y K. Keniston—defienden una política social de integración del trabajo y del ocio, efectiva a largo plazo y de carácter, según Parker, revolucionario.⁷

Sternheim, 1932, 336. Soule, 1955, 170; y 1970. Anderson, 1961, 1; y 1963, 263.
 El diccionario aludido es el de Heyde, 1954, 364. Kaplan, 1960, 22.

² Lundberg y Komarovski, 1934, Neumeyer, 1944, Anderson, 1960, 459. De Grazia, 1963, Loeffler, 1959, 16, Giddens, 1964, R. C. White, 1955.

³ Miller y Robinson, 1963, 11, Sillamy, 1969, 224, Suavet, 19c1, 113

⁴ Stapley Parker, 1971, 3

⁵ Prudenski, 1966. Richta y colaboradores 1966, 104. Kaplan, 1960. E. Weber, 1963, 251. Dumazedier, 1974, 108; localizable ya en su obra anterior, por ejemplo en Dumazedier y Ripert, 1966, 43.

⁶ Erich Weber (1963, 10) subraya la existencia de varias líneas de transición conceptual en las diversas definiciones del tiempo libre; líneas que van desde una acepción muy amplia calificada por él como tiempo libre "bruto", hasta los usos más restringidos a los que califica de tiempos libres "netos".

Por supuesto que además del criterio clasificatorio arriba propuesto caben otros muchos; por ejemplo, Parker distingue (1971, 20 y sigs.) tres clases de definiciones del ocio; las que lo consideran como un tiempo residual, las que lo centran cualitativamente en la actividad, y las que combinan ambas cosas. J. F. Murphy (1973, 188-191), en cambio, distingue seis conceptos de ocio, según se le considere: una condición del alma o del ser, una parte del tiempo, un estilo de vida, un estado psíquico, un tipo de actividad o una construcción conceptual (construct). Y el último, Dumazedier (1974), propone otra clasificación en cuatro tipos que recojo en la nota 10 del cap. 6. Obvio es decir que en todos los casos el fenómeno no deja de tener, objetivamente considerado, una dimensión temporal.

Las diferentes definiciones que hasta 1958 ha ofrecido la sociología norteamericana, han sido estudiadas comparativamente por Aline Ripert (1960, citado por Dumazedier, 1962).

² Stanley Parket, 1971, 00 v sign